

VII. CONFIANZA EN EL SEÑOR. ATENTOS A LA ESPERA¹



TIEMPO PARA DESCUBRIR Y REFLEXIONAR

El evangelista san Lucas nos narra la presencia de Simeón y Ana en la presentación de Jesús en el templo (Lc. 2). Son dos ancianos que viven la esperanza en oración confiada en medio

1. Papa Francisco: *Catequesis sobre la vejez 5. La fidelidad a la visita de Dios para la generación que viene*. Audiencia General. Aula Pablo VI, miércoles, 30 de marzo del 2022.

de un pueblo humilde: dos ancianos que esperaban que Dios viniera a visitarlos. Los dos reconocen en Jesús la presencia del Señor, que colma de alegría y de consuelo su larga espera y llena de paz sus corazones.

Simeón es como un vigía, un centinela que aguarda el cumplimiento de la promesa. *“El Espíritu Santo le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías”*. Simeón reconoce en un niño frágil de una humilde familia judía al *“Salvador del mundo”*, al que es *“luz de las naciones”* y *“gloria de Israel”*.

En un horizonte cerrado y desalentador, cuando había tantos profetas de calamidades y desastres, Simeón es un anciano de convicciones profundas que no se dejó arrastrar por el desaliento. Le tocó vivir momentos de crisis; de grandes retos y desafíos para la fe, pero se mantuvo firme, apoyado en el Señor. No se sintió protagonista, sino que se fío de Dios; supo dejar que Dios fuera el protagonista y el centro de su vida.

Ana es una viuda anciana, modelo de los pobres indefensos, que tiene puesta su única esperanza en la llegada de El Salvador. Ha pasado muchos años de su vida sirviendo en el templo. Escuchó la profecía de Simeón, y desde ese momento solo vive para anunciar la llegada del Salvador. Se convierte en la primera evangelizadora, portavoz de la gran noticia para su pueblo y para todas las naciones de la tierra.

“Hay personas en las que la luz se enciende al final de su vida como una estrella. Pero solo se enciende esa luz para quien la espera y la busca [...]. Simeón llevaba muchos años esperán-

dola, buscándola. Había envejecido en la espera. Pero nunca había perdido la confianza de que la encontraría. Confiaba que no iba a morir sin ver al deseado, a El Salvador” (José Luis Martín Descalzo).

Estos dos ancianos viven atentos, creen firmemente en las promesas, están seguros de que nada ni nadie puede impedir que se cumpla el designio de salvación. Las dudas, los errores, la dureza de los corazones no pueden detener la venida del Mesías Salvador. Ellos esperaban, permanecían atentos en medio de la noche del mundo.

Dice el papa Francisco: *“Hoy más que nunca necesitamos esto:” una vejez dotada de sentidos espirituales vivos y capaz de reconocer los signos de Dios [...]. La anestesia de los sentidos espirituales, es un síndrome generalizado en una sociedad que cultiva la ilusión de la eterna juventud” (Catequesis sobre la vejez 5).*

Cuando el Papa habla de la insensibilidad de los sentidos, se refiere a: la compasión, a la fidelidad, a la fraternidad, a la ternura, al amor, a la responsabilidad, a la espiritualidad. Si se pierde la sensibilidad humana, se pierden los movimientos del espíritu que nos hacen más humanos. La fraternidad, el amor, la entrega..., no son cosas añadidas para que una persona sea santa o perfecta. Son la esencia del ser humano.

Cuando encontramos ancianos como Simeón y Ana que conservan la sensibilidad del espíritu, nos damos cuenta de que no somos nosotros los que esperamos a Dios, es Él quien nos

espera, nos espera cada día. Los mayores deberíamos vivir de esa fuente de alegría que es aguardar la presencia del Señor en medio de nosotros. Estamos llamados a ser testigos de su mensaje de salvación.

Necesitamos que nos cuiden, que nos acaricien, que nos mimen, que nos aprecien. Necesitamos sentirnos útiles, necesarios.. Una manera de sentirse amado es saberse necesario. Una manera de amar es decir: “te necesito”. La fe y la confianza hacen maravillas. *“Nada te turbe, nada te espante [...] quien a Dios tiene, nada le falta, solo Dios basta”* (Santa Teresa de Jesús).

Un miembro de Vida Ascendente, toda persona mayor creyente, aunque le falten las fuerzas, tiene un corazón, y ese corazón siempre es capaz de amar, de agradecer las maravillas que Dios hace en su vida, de ponerse a la escucha, de hablar con el Señor.

“Necesitamos la sensibilidad del espíritu, la madurez del espíritu, necesitamos ancianos sabios, maduros en el espíritu, que nos den una esperanza para la vida” (Papa Francisco).

Tenemos que levantar el ánimo con un nuevo espíritu y con un corazón renovado; con la ayuda de esas fuerzas secretas que duermen en el corazón de cada uno. Tenemos que levantarnos de la noche del desaliento y del cansancio de la vida y contemplar cada mañana el sol, los pájaros, las flores. El Señor escribe “resurrección” en cada hoja de cada árbol, pone resurrección en el canto de cada pajarillo y también anuncia resurrección a cada corazón humano. Sanemos el corazón. Saquemos del corazón una sonrisa para los demás.

TIEMPO PARA ESCUCHAR Y COMPARTIR

La vejez debilita la sensibilidad del cuerpo: vemos peor, oímos con dificultad, nos cuesta diferenciar los aromas, las manos pierden la capacidad de reconocer lo que tocamos... En cambio, los sentidos espirituales son más vivos y están más preparados para recoger las inspiraciones y los signos que nos vienen de Dios.

Dice el papa Francisco: *“Hoy más que nunca necesitamos esto: una vejez dotada de sentidos espirituales vivos y capaz de reconocer los signos de Dios [...]. La anestesia de los sentidos espirituales,, es un síndrome generalizado en una sociedad que cultiva la ilusión de la eterna juventud”* (Catequesis 5). ¿Cómo están nuestros sentidos espirituales despiertos o anestesiados?

Cuando el Papa habla de la insensibilidad de los sentidos, se refiere a: la compasión, la fidelidad, la fraternidad, la ternura, el amor, el servicio, la responsabilidad, la espiritualidad.

¿Nos paramos a reconocer y poner en práctica lo que nos dice el Papa?

TIEMPO PARA EL COMPROMISO

Si se pierde la sensibilidad humana, se pierden los movimientos del espíritu que nos hacen más humanos. La fraternidad, el amor, la entrega, no son cosas añadidas para que una persona sea santa o perfecta. Son la esencia del ser humano. Esto nos abre un campo inmenso de posibilidades personales y de grupo.

TIEMPO PARA ORAR

Plegaria de Simeón

Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz.
Porque mis ojos han visto a tu Salvador.,
a quien has presentado ante todos los pueblos:
luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel.

(Oración litúrgica de Completas).

Apóstol

Vamos, amigo, no te calles ni te achantes,
que has de brillar como fuego nocturno,
como faro en la tormenta,
con luz que nace en la hoguera de Dios.

Vamos, amigo, no te rindas ni te pares,
que hay quien espera, anhelante,
que compartas lo que Otro te ha regalado.
¿Aún no has caído en la cuenta de la semilla, que en ti,
crece pujante, fértil, poderosa,
y dará frutos de vida y de evangelio?

Vamos, amigo, ama a todos con amor único y diferente,
déjate en el anuncio la voz y las fuerzas,
ríe con la risa contagiosa de las personas felices,
llora las lágrimas valientes del que afronta la intemperie.
Hasta el último día, hasta la última gota, hasta el último verso.
En nombre de Aquel que pasó por el mundo amando primero.

José M^a Rodríguez Olaizola, SJ.